

Guillermo Konenkampf

## Valentina

### I



BAN conversando, tras breves silencios nerviosos, por la acera estrecha. Al topar un poste del alumbrado, Beltrán se hundió en el barro de la calzada, por que ella pasara, y al subir de nuevo, la joven lo miró con una mirada honda.

Sintió él como un choque, y se quedó con el pie en suspenso sobre el canto de la piedra, equilibrándose un segundo en el otro pie. Exclamó impensadamente:

—¿Por qué me mira así, Valentina...? ¡Si siquiera me hubiese roto una pierna!

Ella veló al instante su mirada, y esquivando la cabeza, le contestó:

—No se entusiasme... ¿Cómo cree que lo he mirado?

Beltrán, vivamente, se recogió en sí mismo, y con herida suavidad, se disculpó:

—No; no tema usted, Valentina. No me entusiasmo. Fué una cosa imprevista lo que dije. No me pude contener. (Suspiró en silencio agregó con la voz serenada): — Aunque sí, me ilusiono—perdóneme que se lo diga en este momento, Valentina—;

me ilusiono al andar con usted, en ir aquí a su lado. Esa es toda mi ilusión, usted lo sabe. ¡Otros se ilusionarán de otro modo!... Pero yo ¿qué más puedo desear sino el verla y oírla solamente? ¿Cree usted que olvido eso? Pero, de pronto, me deslumbró su mirada. Perdóneme, pues, por haberme usted mirado así...

Continuaron andando, sin hablarse; y él hubiese querido irse, no haberla visto al cruzar la plazoleta, desaparecer. Sin saber, llegaron al Forestal, el que la joven atravesaba todas las tardes para ir a su casa. Se quedaron indecisos en la acera, y Beltrán, por ocultar sus pensamientos, desvió los ojos y miró por entre los árboles el horizonte luminoso y turbio del occidente, en el que llameaban algunas torres, y más allá, el espinazo indefinido de unas montañas. Por un instante, su mirada se llenó de golpe con la sonrisa magnífica de la tarde. Por un instante, nada más. Iba a despedirse, atento y cabizbajo, cuando la joven, volviéndose con dejadez hacia los bancos del paseo, exclamó:

—¡Qué calor hace, todavía!

—Sí; es verdad, ¡qué calor hace!—asintió él a media voz. Después la miró furtivamente, y siguiendo la mirada de la niña, agregó: —Siquiera usted va a atravesar por un momento bajo esos árboles, y aún, puede sentarse un rato, si quiere...

Calló, mirando las sombras apetecibles, y los bancos que había junto a los troncos.

—¿Y usted no se sentaría?—le dijo ella, brillándole un puntito de malicia en los ojos llenos de húmeda gravedad.

El la miró, sin atreverse a mirarla. ¡Cómo le clavaba hasta muy adentro esa voz de ella tan blanda y tan serena! ¡Cómo le atropellaba de nuevo el corazón el tropel de sus recuerdos! Se rehizo valeroso, y contestó con gesto desvaído:

—No, Valentina; no se me había ocurrido. Ni me habría atrevido a tener esa ocurrencia. ¡Sentarme ahora allí, al lado de usted!

Ella volvió la cabeza: —¿Pero quién le ha dicho que tuviese forzosamente que sentarse a mi lado? Y agregó, esfumando un nuevo mohín de picardía: —¿Que no sabe...?

—Valentina—la interrumpió él cortésmente—, perdóneme otra vez. Usted ve, soy un tonto, como siempre; ¿por qué hablarle entonces de ese modo, de un modo que no comprendo, que no podré nunca comprender? No quiero ofenderla, ahora; ¡no, no quiero! —exclamó con amortiguada vehemencia. Yo quiero ser su amigo, si usted me lo permite.

Quiso despedirse; pero ella, sin contestarle, mirando hacia un banco cercano, volvió a afirmar impersonalmente: —¡Hace tanto calor para irse a meter en casa! Y además, es temprano. Pero, si usted... Bueno... —terminó, volviéndose hacia Beltrán, como invitándole con estas reticencias a que la acompañase aún un rato.

## II

Sentados en un banco, de cara al poniente lleno de luz, miraban enmudecidos las ramas colgantes de los altos plátanos que se mecían ante ellos. Él sentía unos deseos vehementes de mirarla; de mirarla y contemplarla hasta lo infinito. ¿Por qué no mirarla siquiera? ¿Qué lejana estaba ahí a su lado! Lejana, como cuando ella estaba en el lejano puerto y él trataba de olvidarla con empecinadas nostalgias. Ahí estaba ahora, pues; ahí la tenía a su lado, y no la hablaba, no podía hablarla. ¡No podría hablarla! Sus ojos se anonadaban en el movimiento insípido de una ramita, que a veces fingía colgarse como una guirnalda en la aguja de una torre, mientras ella parecía no darse cuenta de él. El aroma silencioso de la joven, que un acto preconcebido de su voluntad quería desviar de toda inmediata influencia, le fué exaltando insidiosamente un pasado que él creía ya borrado para siempre. Por sus recuerdos de pronto renovados, surgían, uno a uno, instantes mudos o anhelosos; y sonidos, y

contornos, y movimientos, que alzaban una baraúnda incomprendible desde el fondo de su corazón: el rumor salobre del mar, mezclado al aroma de los eucaliptos; los arbustos movidos por el viento, en el mirador de Playa Ancha; el azul versátil de la bahía, por sobre la cual se imaginaba ahora estar viendo, allá, al otro lado de ella, los cerros de Concón, dorados por el último sol de la tarde; y por sobre los cerros aún, más lejos, muy lejos hacia el Norte, casi imaginariamente, la legendaria Silla del Gobernador. Y e'la, entonces como ahora, ahí a su lado...

Allá en el mirador de Playa Ancha, se habían sentado una tarde, por vez primera, a mirar. Algunos cadetes y guardiamarinas iban y venían a esa hora por los patios de la Escuela Naval, y abajo, sobre las aguas tornasoladas, los botes remeros se desprendían de los barcos listos para zarpar. Ellos, conversaban amistosamente, confiadamente. Al principio, con una abierta espontaneidad de amigos; después... después él fué sintiendo una cierta indecisión en sus palabras; sentía paulatinamente, más cada vez, que lo que decía no era todo lo que tenía que decir. La señorita Valentina le escuchaba, sonriendo hacia las lejanías; y cuando alguna gaviota pasaba haciendo giros esbeltos por sobre los mástiles o los acantilados, la seguía con la húmero mirada silenciosa. Y bien... al cabo de algún tiempo, al cabo de mucho tiempo, él le había manifestado su amor. Un amor pleno, definitivo, anclado en lo profundo de su corazón, como esas grandes barcas venidas de ultramar y ahora inmóviles ahí para siempre. ¡Ah! ¿para qué habérselo manifestado? Ella, sonriendo siempre, con una sonrisa vaga, nada le dijo. Es decir, a veces, los ojos florecidos de una luz que él no conocía, le había dicho algunas cosas... le dijo algunas cosas...; pero, era tontería recordar eso. Tonterías; pero ¿por qué le había dicho ella esas cosas? ¿Por qué?... Bueno. Después, una vez, varias veces, la joven le manifestó evasivamente que no le quería; que no le quería ni podía quererle; que acaso él mismo no la quería; mas ¿qué tenía en la voz, ella, en ciertas invisibles indecisiones,

que él, al oírla, sentía algo... algo que no podía precisar; algo que no podía desengañarle ni convencerle del todo? Ahora mismo, al mirarle hacía un rato... pero no; eso fué quizá al ver que él casi había resbalado cuando subía a la acera, después de haberse metido en el barro, por que ella pasara...

¡Ah, las abejas enconadas del recuerdo! Sí; habían seguido, no obstante, entonces, paseando por las tardes, después que ella salía del correo de la Aduana, conversando por las tortuosas callejuelas del Puerto: comiendo helados en algún quiosco de la Plaza Echaurren, o en los salones de té de la calle Esmeralda. Pero casi siempre se iban al mirador de Playa Ancha. Salían del ascensor y se sentaban en el banco más lejano, bajo los aromos; y ahí, a la vista de los cerros heroicos de Concón, de los rincones epitalámicos de Las Salinas, él, con un embelesamiento doloroso, hablaba, o callaba, mientras ella comía cerezas lentamente. Después, él solía acompañarla hasta su casa, en el cerro de Playa Ancha, y saludaba a su padre. ¿Cómo había sido posible tanta confianza y tanto embelesamiento, y ella no le había amado? Así había sido.

¡Ah, pero él la habría amado siempre. La habría amado siempre, si un día, si un día... Bueno... Repentinamente, un día, él había pedido su traslado a Santiago. Quería olvidarla; quiso olvidarla; y, sin verla, sin despedirse, (¡cómo le dolían aún aquellas palabras de ella, de las que no quería acordarse!) lleno de resentimientos, se vino...

### III

—¡Ah! ¿estaba usted aquí—le dijo ella, volviéndose de pronto hacia él, en un arranque despreocupado. Yo le creía lejos...

Beltrán la miró, lastimado, sobresaltado, con el mismo afán con que la había mirado al encontrarla de improviso, hacía algunos meses, al pasar frente al Correo de la ciudad.

—Sí, estaba lejos... —contestó, sin darse cuenta. Después agregó: —¡Se está tan bien cuando se está lejos!

Ella lo miró a su vez, con una extrañeza un poco burlona.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó, aspirando fuertemente cada exclamación. Cambió el tono, y dijo con voz reposada: —¿Cómo está su esposa? ¿No está en Santiago?

—No, señorita Valentina—le contestó él, sorprendido, meneando la cabeza, no; mi mujer no ha estado nunca en Santiago. Ella está bien, creo. Gracias, por su atención.

¿Por su atención? ¿O por su intención? Era la segunda vez que, de las veces en que se habían encontrado en los últimos días, ella le preguntaba por su mujer. Bien sabía ella, sin embargo, que estaban separados, separados desde hacía algunos años. ¿Por qué le preguntaba, entonces, por...? (pasó por sus ojos la triste visión perdida de su mujer, de esa mujer que, junto con alegrías y pesares, le había dado dos hijos, antes de apagarse en su corazón y en su vida. Y tras la visión de su mujer, la visión eterna y ubicua, el ensueño constante de «otra mujer», ¡de la mujer que no ha venido nunca!).

Por romper el silencio tan forzado y largo, habló, al cabo:

—¿Y usted, Valentina... (iba a preguntarle por «su novio» —¡qué tonta palabra! —pero vió que la pregunta era también una tontería, y cambió el pensamiento): ¿cómo le va a usted aquí, Valentina? ¿Está bien? —le inquirió con delicadeza, mirándola un instante.

—Sí, estoy bien—contestó ella. Pero mejor estaba allá. Perdí dos grados, al venirme.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó él ahora. Y agregó sin pensar: —¿Y por qué se vino entonces?

—¿Por qué? (le miró ella oblicuamente, con una mirada pícaro, ladeando un poco la cabeza). Porque... aquí estaba «él».

Beltrán no dijo una palabra. La señorita Valentina tosió al fin levemente, y entonces él disimuló su ensimismamiento:

—¿Qué se había hecho desde el otro viernes?— volvió a interrogarla. ¿Estaba enferma acaso, o no había ido a la oficina?

—¿Desde el otro viernes? ¿Pero es que usted lleva la cuenta de los días en que no nos encontramos?—preguntó a su vez la joven, acomodándose con ignorada coquetería la falda, que un vientecillo desacomodaba.

El palideció de nuevo desde muy adentro, al sentir esa voz de ella, tan despreocupada y tan profunda, que le removía las profundas fibras de su sensibilidad. Recordó esas cosas imprecisables que la joven le había dicho como sin querer, allá, en las tardes hermosas de Playa Ancha; esas cosas tan porfiadas que se le habían pegado para siempre al oído de sus recuerdos. ¡Y ahora ella se extrañaba de que él llevase la cuenta de los días en que no la veía!

—Creí que no tendría nada de importante esa observación —se disculpó al fin. Pero si le choca eso, olvidaré también las veces que la veo. Sí; es una impertinencia mía, el preocuparme de usted... de estas cosas de usted.

—¿No ha tratado aún de curarse de esas malas preocupaciones? —volvió ella a clavarle el mismo agujoncillo burlón. ¡Sería interesante!

El sufrió estoicamente la ironía. ¡Ah, ese tonito, ese agujón disimulado en una gota, agria, de miel! ¡Ah, su pobre voluntad y sus testarudos recuerdos! ¿Pero no había jurado olvidarlo todo, no pensar más en ella, en esas cosas? ¿No era mejor ahora no darle importancia a nada? ¿Qué realidad tenían ya sus pasados recuerdos? Pero, ¿cómo hacerlo, Señor? Sonrió con esfuerzo desengañado y dijo:

—¿Para qué tratar de curarse de cosas que no valen la pena? ¿Qué mal hay para los demás en nuestros propios males? Yo no deseo hacerle con los míos daño a nadie. Es cuestión de evitarlos, entonces.

—O de olvidarlos, ¿no es cierto? —interrumpió ella, a media voz, cogiendo de pronto con gesto nervioso e indeterminado

una hoja que colgaba del hilillo de una araña. Y agregó, más sosegada, mirando ahora la turquesa infinita engarzada en la frente de la tarde: —Pero, no tome las cosas tan en serio, Beltrán. ¡Mire, qué lindo es aquello! (Era la primera vez que, después de largo tiempo, ella le llamaba por su nombre familiar; y eso, y el acento contradictorio de las palabras de la niña, le hicieron refloreecer las lejanas heridas. ¡Lo mismo que allá; lo mismo que allá!). Sin embargo con el mismo acento insubstancial con que había hablado hacía unos momentos, disimuló, mirando confundidamente las fantasmagorías del poniente, las fantasmagorías de su propio corazón:

—No; no tomo las cosas en serio, Valentina. ¿Cómo cree que voy a tomarme en serio a mí mismo?

—Yo no le digo eso... no es eso lo que he querido decirle... —protestó ella, algo insegura ahora. Usted no...

—Pero si soy yo, el que lo dice. ¿Qué interés tiene esto, por lo demás? ¡Sólo la casualidad nos ha hecho encontrarnos! Pero, ¿por qué no me perdona usted de una vez, todas... (iba a decirle «todo lo que la he querido, todo lo que la quiero aún...») todas estas estúpidas cosas, y somos amigos? Yo quiero ser su amigo; yo seré un buen amigo de usted, señorita Valentina; y cuando alguna vez, a lo lejos, tenga la felicidad de encontrarla, la saludaré de pasada y evitaré el decirle tonterías. ¿Quiere?

Ella callaba. Parecía que las chispas vivas de su ironía habían palidecido junto con las vivas llamaradas del crepúsculo. Beltrán no veía nada. Continuó:

—Pero ¿qué ganaría usted con mi amistad, Valentina? Y yo... yo, al ganar su amistad, lo pierdo todo. ¡Pierdo todo lo perdido! (se enredó, por seguir el hilo ostensible de sus palabras, en la madeja de sus ocultos pensamientos. ¡Qué ridículo cuanto acababa de decir!).

Ridículo, como todas las cosas en la vida; como todo lo que el destino tuerce o deshace. Como la vida misma. Anhelante, se quedó él mirando el pasado. A veces, las fuertes preocupacio-

nes interiores, como hilos de aguas subterráneas, revientan de pronto, a la superficie. Así, la voz de la niña, insegura; la invencible simpatía de esa voz, de algún gesto escondido de la joven le sonaban adentro, a Beltrán, le removían adentro, en la caja sonora de los recuerdos, esas cosas imprecisables, contradictorias, que ella le había dicho . . . , que él creía que le había dicho alguna vez; esas cosas, en fin, que nunca habían podido convencerle ni desengañarle del todo. Como un surtidor, saltó la pregunta contenida durante tanto tiempo por su anhelosa timidez:

—Valentina, ¿recuerda? ¿Qué me quiso decir aquella vez . . . ; aquellas veces . . . , cuando hablábamnos aquella vez de . . . ; y cuando me dijo que . . . ; sí, usted tenía razón, cuando me dijo que . . . el amor, más valía un amor . . . ?

No podían fluir sus palabras, espesas de sentimientos. Ella le miró, y sus ojos se agrandaron; y los entornó en seguida, como defendiéndolos de alguna luz que viniese desde lejos y perforase las distancias estáticas. Al fin dijo:

—¿Si recuerdo? ¿Cómo quiere usted que yo recuerde sus recuerdos? ¡Cuidado con los recuerdos, que a veces no son más que el disfraz de lejanas apariencias!

Se le cegó ahora, de golpe, a Beltrán, la fuente de la emoción. ¡Qué ridículo, Dios mío! ¿Por qué haber recordado? ¿Por qué haber querido recordar? Deshizo la mueca amarga, en una sonrisa:

—¿Los recuerdos, disfraz de las apariencias? Bueno; pero, así como las apariencias son a veces más interesantes que la realidad, así los recuerdos interesan a veces más que la persona misma que los ocasionó . . .

Ella se mordió el labio, adelgazando cada vez la mirada. Después dijo, calmadamente:

—No entiendo. ¿Es un capítulo de literatura?

Saltó él del asiento, sin saber a qué, nervioso y alterado. Ella, parecía no darse cuenta del efecto de sus palabras. Al fin, Beltrán se contuvo, y volvió a caer sobre el banco, ahí, un poco

apartado de la joven. Siguieron sentados, sin mirarse, mientras la sombra les iba envolviendo. Obstinadamente, miraban cada uno quizá qué cosa enfrente de sí; pero en el silencio sus pensamientos se atraían, se perturbaban, y los resentidos pensamientos de él pugnaban por desviarse poco a poco hacia la izquierda, por delante de ella, y los de ella, hacia la derecha; y al cabo, sin mirarse, las miradas de ambos se cruzaban en diagonales, como celosas espadas.

—¿Ve usted—gimió él al cabo de un rato, lo inculto que soy? ¡Por algo mi vida habrá sido tan áspera, tan solitaria! ¿Cómo apagar la sed en el desierto? Después, espontáneo y despreocupado, agregó aún, como olvidando lo anterior: — ¡Me gustaría tanto poder siquiera conversarle a usted, de... usted, señorita Valentina! Pero usted se molestaría; temo que se molestaría...

Ella desvió el rostro lentamente.

—Usted... es un tonto, o un farsante... —le dijo con voz fría y extrañamente pausada; no puedo, no puedo imaginar que sea otra cosa...

#### IV

Se quedó, Beltrán, sin hablar, sin pestañear, sintiendo que una puñalada invisible se le detenía en el corazón. No veía el último chorro sangriento de la tarde, la última puñalada hundida en el corazón de la tarde; y su rostro fué adquiriendo paulatinamente el mismo aspecto de la sombra, inmóvil, terrosa y vacía. Cuando la joven, al cabo de un largo instante, volvió hacia él sus ojos, Beltrán ni siquiera se dió cuenta de nada.

Al fin, él como el muerto que aun siente el golpe mortal, sordamente, con voz apagada por una distancia tremenda, articuló su propia sentencia:

—¡Lo merezco! He sido un necio... Soy un necio... La he acompañado a la fuerza, contra su voluntad... Y le he dicho todas estas cosas... Y yo sabía que ella...; que ella... ¿Qué

culpa tiene ella? Y me he quedado aquí, aquí me he quedado, a pesar de todo, en este banco!

Pasaba una pareja vespertina. Valentina alzó la frente, y cuando aquéllos se hubieron perdido entre los árboles, hundió de nuevo la cabeza en el silencio. El continuó, como escuchándose a sí mismo:

—Sí; ¿qué culpa tiene ella? Ella tiene un novio...; ella tenía un novio, allá—me lo dijeron... me lo ha dicho ahora ella misma... y puede tener todos los novios y amigos que quiera... Y yo...; y yo...

Una débil voz, estremecida, como la brisa que movía las matas de ilán, suspiró:

—¡Basta ya, por favor!

El, sin oír, con la misma mueca humillada en el ángulo de su boca, hundido en las tinieblas de su mirada, iba a seguir, se obstinaba en seguir:

—¡Y yo, a quien ninguna mujer...

Ahora la súplica inaudita, el conturbado acento de la voz de la joven le interrumpió, con apagada fuerza:

—¡Basta, Beltrán, por favor! ¡No me haga sufrir más!

Beltrán la miró de pronto; miró al fondo de esos ojos, grandes, insondables, como dos noches gemelas, y le pareció ver una estrellita fugaz tiritar en ellos. Ofuscado, lleno de vergüenzas y congojas, apartó aún los ojos, escuchando, reprobándose:

—«No me haga sufrir más...» ¡Y todavía lo hago sufrir!

Cailó, estupefacto. Valentina se había cubierto el rostro con las manos, y un sollozo contenido le ahogaba la respiración. Beltrán palideció intensamente, inclinando el cuerpo hacia adelante. Toda la amargura, toda la humillación disimulada en la resignación de sus palabras, cayeron a los pies de la obstinada joven y, poco a poco, con ansias temerosas, le cogió los brazos, y las manos, buscándole los ojos, imaginando acaso socorrerla:

—¿Se ha enfermado... se ha enfermado usted, Valentina?

Sintió unos estremecimientos, que le estremecían sus propias manos. ¿Qué pasaba, Señor...; que tenía, ella, Valentina? Sin darse cuenta, acercó en las sombras de los árboles su rostro al rostro de la joven, fascinadamente, dolorosamente, lleno de indecisiones y de interrogaciones hasta que de pronto una gota ardiente y salobre le cayó en los labios...